

Un libro sobre emociones y pasiones

Pasquines, cartas y enemigos. Cultura del lenguaje infamante en Nueva Granada y otros reinos americanos, siglos XVI y XVII

NATALIA SILVA PRADA

Universidad del Rosario, Bogotá, 2021, 309 pp.

PROBABLEMENTE EL origen de este libro esté en la tesis de doctorado que la autora presentó hace ya casi dos décadas en El Colegio de México. La tesis, que lleva por título “La política de una rebelión”, versa sobre un levantamiento indígena ocurrido en la ciudad de México en 1692. En dicha investigación, que cubre muchos aspectos, Silva Prada reparó en el lenguaje verbal y escrito que los amotinados elaboraron contra las autoridades. El lenguaje emocional de las revueltas populares fue un elemento esencial en la manifestación de la rabia y el rencor que sentían los indígenas mexicanos, pero el trasfondo político es el reclamo de buen gobierno y justicia, ejes que la autora identifica con la existencia de una forma particular de cultura política. Desde entonces, Natalia Silva Prada cultivó el interés por el estudio del lenguaje colonial, especialmente el que expresa enfrentamientos, odios y rivalidades entre individuos o con las autoridades. Así, el conflicto le sirve para entender los significados que podía asumir la cultura política.

Pasquines, cartas y enemigos es entonces fruto de una trayectoria investigativa. Pero ahora el centro de la investigación es el lenguaje de infamia y de injuria. Bien a través de expresiones verbales, como de pasquines y cartas, en la sociedad colonial, los individuos, casi siempre hombres, acusaban y agravaban a sus enemigos. Más que un inventario de dichas expresiones, el libro se propone un análisis del contexto que las generaba, los individuos que las proferían y las reacciones que provocaban. El contexto geográfico ambicionado por el libro es el hispanoamericano, aunque de manera efectiva se refiere al Nuevo Reino de Granada y a Nueva España, con algunas pocas alusiones al virreinato peruano. En términos temporales se concentra en

los siglos XVI y XVII, una etapa que podríamos considerar temprana en la formación colonial. La elección de un contexto geográfico y temporal amplio, no cabe duda, es uno de los atributos valiosos del libro. Especialmente porque, como lo puntualiza el profesor Renán Silva en el prólogo, la investigadora adelanta el ejercicio de comparación entre un virreinato y otro, de un siglo a otro. Un último aspecto que cabe resaltar de manera preliminar en esta investigación es el amplio repositorio documental en el que se basa, como también la nutrida y actualizada literatura histórica producida sobre el tema, que incorpora en cada uno de sus capítulos.

La obra que comentamos está conformada por un prólogo, una introducción, nueve capítulos, un epílogo, bibliografía y tres apéndices, el primero de ellos un glosario de términos injuriosos. Cabe agregar que el libro incluye un conjunto de imágenes que enseñan documentos de archivo con pasquines e injurias. Desde la introducción, la autora sitúa su estudio en el campo de la historia cultural del lenguaje, un área en la que se propone explicar el significado de las palabras de injuria y los contextos que las propiciaban. Es innegable que el libro constituye un importante aporte a la apreciación del amplio repertorio de palabras y expresiones de agravio que utilizaba la gente en aquella época, así como una contribución a la ampliación de lo que podríamos llamar su formato. Si bien la mayor parte de la obra se ocupa del estudio de libelos y pasquines, también aborda los grafitis, escritos y dibujos en paredes, el sonido de las palabras y los cánticos, al igual que el lenguaje infamante presente en cartas dirigidas al rey o a altas dignidades.

No resulta extraño que Silva haya querido aproximar su estudio a la historia de las emociones, de tanto atractivo e interés en la actualidad. Entendemos y agradecemos que nos ofrezca unas líneas definitorias de este campo historiográfico, las cuales son apenas un preámbulo a una de sus más certeras afirmaciones: el lenguaje de injuria e infamia es tremendamente emocional. Y ese registro no siempre es tomado en cuenta. Ahora sabemos que el lenguaje es una de las formas más agresivas de romper un régimen emocional. Aunque también podríamos preguntarnos

si no es, en cierto sentido, un refugio emocional. Un acto que consuela y reconcilia a un individuo o a un colectivo en su impotencia frente al poder. Tal vez por eso la autora nos recuerda que según Norbert Elias, en el mundo moderno, quien no injuriaba difícilmente podía vivir en sociedad.

Un concepto que resulta central en el análisis de los pasquines es el de “enemigo capital”. Es probable que fuera un término construido por los abogados defensores; lo cierto es que, nos dice Natalia Silva, en distintos juicios los acusados de escribir pasquines se defendían diciendo que el ofendido era su “enemigo capital”. Es decir que era un enemigo reconocido quien lo había agraviado, lo cual justificaba su acción. Se trataba, en cierto sentido, de un juego por el honor. Al analizar la expresión “enemigo capital” resulta fácil asociarla con sentimientos como el odio, que no son espontáneos, sino que se alimentan con el tiempo.

Aunque en la historiografía del período se conocen los conflictos y rivalidades provocados por las visitas de revisión de títulos de encomiendas y propiedades de tierras, en este caso Silva ha preferido mostrarnos algunos ejemplos de comportamientos atrabiliarios de altos funcionarios que originaron cartas altisonantes dirigidas al rey y al papa. El soberbio inquisidor Juan de Mañozca y Zamora cometió agravios y abusos de poder durante su larga carrera en América. Quienes escribieron cartas de quejas y reclamos al rey y al papa lo hicieron invocando principios básicos de respeto a las personas y a las comunidades. En ellas se describe su actuar violento y agresivo, y no se duda en condenarlos y en pedir su sanción y castigo. Sin embargo, no sé si al escribir estas cartas a dichas personalidades el lenguaje emocional era neutralizado y descargado de las expresiones de rabia y rencor más vulgares. Es probable que sí, pero resulta importante no desconocer la lectura que en estas cartas se puede hacer de la capacidad de denunciar y a veces referir, no solo malas prácticas políticas como la corrupción, sino incluso la habilidad de gente como Mañozca para poner apodos en función de denigrar al enemigo.

Un apartado del libro que constituye una auténtica novedad es el que trata sobre los grafitis y los pasquines. La

| HISTORIA | | RESEÑAS |
|---|---|---|
| <p>investigadora ofrece una serie de datos eruditos sobre su antigüedad y presencia en países como Francia, Italia y España; muchos se han encontrado en paredes de iglesias, en edificios públicos y privados, y en las cárceles. Los grafitis podían ser dibujos, pero también textos, versos o palabras de injuria y denuncia contra alguna autoridad o figura pública. Los grafitis textuales están emparentados con los pasquines o los masepasquines (como los llamara el conquistador y cronista Bernal Díaz del Castillo). El pasquín era un libelo infamatorio de denuncia de injusticias y agravios, escrito en un papel que se pegaba con un clavo o con obleas en una pared. Su contenido podía ir de la burla y el sarcasmo a la amenaza, incluso de muerte. Podríamos decir, por la información que nos entrega la autora, que la historia política del primer período colonial hispanoamericano abunda en pasquines. Sin duda, eran un instrumento de denuncia pública utilizado en lugares tan distintos como México, Perú y el Nuevo Reino de Granada. Si bien las investigaciones de las autoridades para determinar su autoría pocas veces arrojaban resultados, entre la población se especulaba sobre la valentía y la elevada cultura de quien los ejecutaba.</p> <p>De manera más específica, Natalia Silva considera que los pasquines forman parte de la cultura política de la época. Eran la manera de expresar insatisfacciones y resentimientos frente al actuar de las autoridades y los funcionarios, y cubren una amplia gama de destinatarios: órdenes religiosas, visitantes, recaudadores de impuestos, oidores y jueces. También los había contra particulares. En el Nuevo Reino de Granada parecerían haberse hecho frecuentes. Juan Rodríguez Freyle, siempre atento al acontecer cotidiano, comenta casos de Santafé, Tunja, Popayán y otras poblaciones. Recordemos que el cronista disfrutaba con los asuntos de infidelidades y enfrentamientos amorosos. No obstante, Natalia Silva prefiere analizar los pasquines como una “clave para considerar grandes tensiones sociales”, “momentos de ruptura del consenso social”. Incluso llega a sugerir que los pasquines anunciaban el desencadenamiento de actos violentos, lo que resulta cierto si consideramos las emociones que estaban presentes</p> | <p>en ellos. Es verdad que había humor, pero especialmente contenían ira, rabia y rencor; incluso podemos sumar miedo, pues se escribían y fijaban en horas de la noche o la madrugada.</p> <p>En lo que parece una toma de posición, Natalia Silva se separa de la interpretación romántica que consideraba los pasquines como parte de la cultura popular. En su minuciosa indagación en los archivos sobresalen los religiosos y funcionarios reales, miembros de la cultura letrada de la época. Sin embargo, Silva no descarta que nuevas investigaciones descubran la participación de los artesanos en la cultura pasquinesca. Lo mismo ocurre con las mujeres, aunque en un pie de página la autora informa conocer un caso en el que la esposa de un sastre intervino en la elaboración de un pasquín. Por nuestra parte, sabemos que la hechicera Juana García confesó la autoría de uno muy famoso en la Santafé de mediados del siglo xvi.</p> <p>Un tema tratado en forma ligera por la historiografía colonial es el del lenguaje relacionado con la Inquisición y la población judía. En un capítulo específico de la obra que revisamos, la historiadora analiza el uso que provocaba la institución inquisitorial. Son muchas las ocasiones en que se referencía la amenaza con la Inquisición. Esto puede entenderse más aún en el caso de los judaizantes; fuera cierto o no, la acusación de “judío” (sumada a las de “perro” o “puto”) contra una persona significaba muchas veces su perdición y la de su familia. Así, la acusación, o incluso el simple rumor de que una persona era judaizante constituía el mayor agravio que se le podía hacer. Algo que debió aumentar cuando se fundó el Tribunal de Cartagena de Indias en 1610. Como nos lo recuerda Natalia Silva, la simbología de la Inquisición y toda su parafernalia, utilizada en los autos de fe, fueron ampliamente conocidas. Así, el hábito del sambenito y la expresión “ensambenitado” tenían un significado que todo el mundo entendía.</p> <p>Un apartado del libro, en extremo atractivo, es el que trata distintas formas de burlas y sanciones sociales por conductas que la comunidad o algunos individuos consideraban impropias. Una de ellas, la <i>cencerrada</i>, fue estudiada por autores tan reconocidos como Natalie Zemon Davis y Edward P. Thompson.</p> | <p>Se trataba de una especie de ritual ruidoso, acompañado del golpeteo de quijadas y distintos sonidos. Un aspecto importante de esta especie de festival eran las canciones que coreaban quienes se unían al desfile. Más expresivo aún era el uso de cuernos, que se colgaban en las puertas de los agraviados. La infidelidad consentida de las mujeres casadas provocaba no solo agrios comentarios de los vecinos, sino acciones represivas como la que comentamos. En la época, el uso del gesto de los cuernos con los dedos de una mano, nos dice Natalia Silva, lleva a pensar cuán antigua es su simbología, como mecanismo de control social y moral.</p> <p>Finalmente, si aceptamos que la primera sociedad colonial fue profundamente violenta, toda vez que había nacido de la guerra y la soportaban hombres en armas, entenderemos que la relación escritura-violencia, propuesta por la autora, tiene todo el sentido. Los libelos y los pasquines expresaban las tensiones políticas de la época, las luchas por el poder, que muchas veces tenían un desenlace sangriento. Es cierto que en ellos estaba implicado el honor masculino, pero también que la pasividad de la justicia, o su actuación interesada, los agravaba.</p> <p><i>Pasquines, cartas y enemigos es</i>, como ya he dicho, un libro sobre emociones y pasiones. Aquellas que estaban detrás de muchas actuaciones políticas, especialmente las que se expresaban por escrito, en forma de cartas, libelos, pasquines, grafitis y muchos actos gestuales. Es una muestra de la escritura en tono de queja, ofuscación, agravio y resentimiento por los ataques recibidos. Cada uno de los casos comentados nos revela personajes, conflictos, entramados, impotencia, pero sobre todo los excesos del poder colonial. En suma, se trata de un libro palpante, lleno de vida, que despierta el interés del lector. Con esta obra, Natalia Silva da nuevas luces al conocimiento de la primera época colonial, las cuales, obligadamente, deberán ser tomadas en cuenta.</p> <p style="text-align: right;">Pablo Rodríguez Jiménez Profesor titular Universidad Nacional de Colombia</p> |